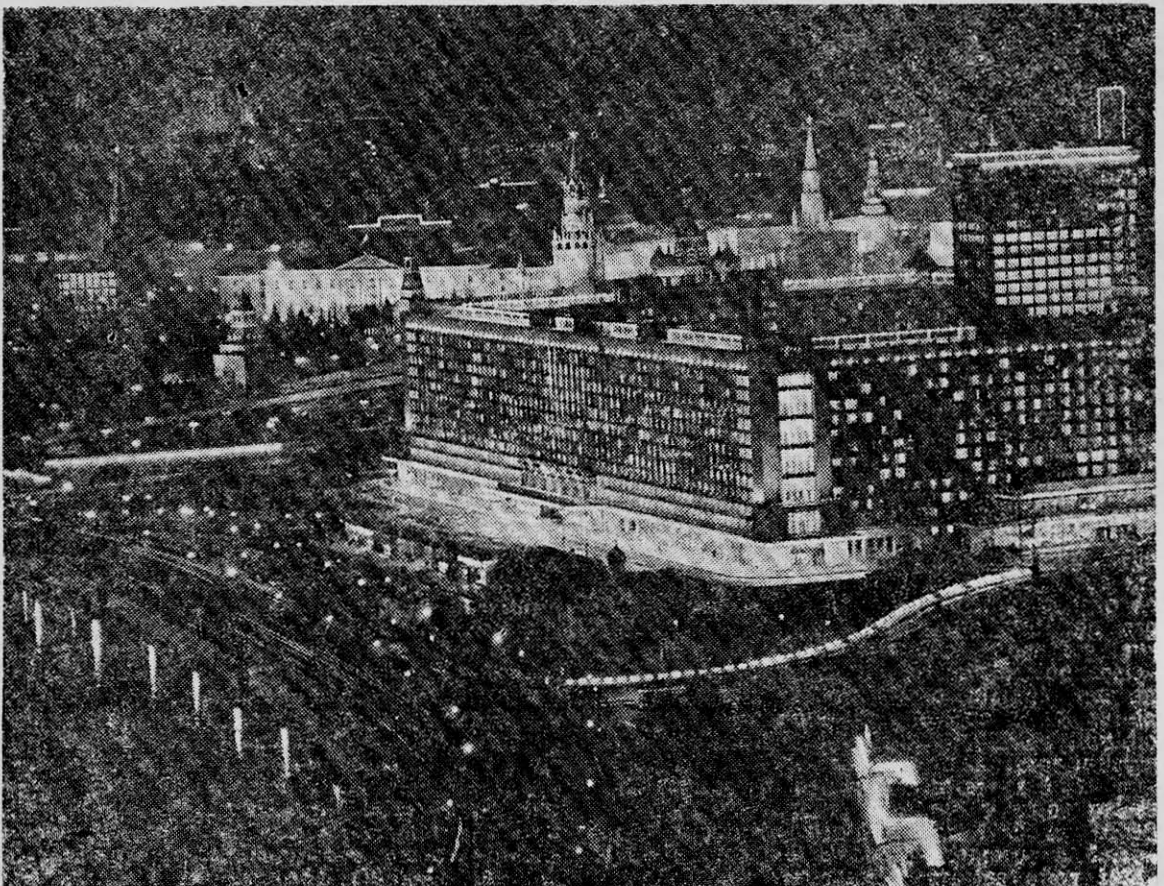


# MEDIO SIGLO DE LA UNION SOVIETICA

Por A. AJTAMZIAN y L. ISTIAGUIN



UN ASPECTO DEL centro de Moscú. En primer plano, el Palacio de los Congresos, en la Avenida Kalinin. Al fondo, se ven las torres del Kremlin. (Foto APN).

La fundación de la URSS entró en la historia como un suceso de importancia internacional. La formación de la Unión de las Repúblicas Soviéticas fue el primer balance trascendental del desarrollo de la revolución socialista y de la implantación del socialismo como una nueva formación socio-económica en la sexta parte del globo.

La diferencia radical entre la Unión Soviética y las coaliciones y conglomerados político-militares conocidos en la historia, que a veces venían ensambándose en los soportes de los imperios monárquicos, consiste en que la nueva comunidad multinacional se formó sobre una base económica y clasista, diferente en principio y cualitativamente, fundamentada en la plena repulsa a la opresión social y nacional, en condiciones de verdadera igualdad entre las razas y nacionalidades. Ya triunfante la Revolución de Octubre de 1917, en los primeros días se promulgaron el Decreto sobre la Paz y la Declaración de Derechos de los Pueblos de Rusia, documentos que proclamaron la igualdad entre los pueblos y la soberanía de los mismos, su derecho a la libre autodeterminación y a la formación de estados independientes, la abolición de privilegios y restricciones motivados por consideraciones de nacionalidad o religión, y el desarrollo libre de las minorías nacionales. El defender mancomunadamente de los enemigos de clase internos y de la intervención imperialista las conquistas de la revolución, consolidó a los pueblos del país a base de colaboración estrecha y ayuda mutua.

—:000:—

El 30 de diciembre de 1922, el I Congreso de los Soviets de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas aprobó la declaración relativa a la formación de la URSS firmada por representantes de la Federación Rusa, Ucrania, Bielorrusia, de la Federación de Transcaucasia integrada por Georgia, Azerbaidzhán y Armenia. Dicho acto devino una base jurídica para la formación de un estado de nuevo tipo.

La declaración relativa a la formación de la URSS determinó exactamente tanto las funciones internas como la competencia exterior de los órganos de la Unión: la representación en las relaciones internacionales, la modificación de las fronteras exteriores de la Unión, el ingreso de las nuevas repúblicas en la Unión, los problemas de la guerra y la paz, las operaciones con empréstitos exteriores estatales, la ratificación de los tratados internacionales y la determinación de sistemas de comercio exterior e interior.

En julio de 1923, cuando se ratificó y entró en vigor la ley fundamental de la URSS, el gobierno soviético comunicó mediante un decreto especial a los pueblos y a los gobiernos de todos los países sobre la fundación de los órganos de poder de la URSS. Con eso se determinó la tarea principal de la política exterior soviética: "El Estado federal creado de este modo a base de la colaboración fraternal entre los pueblos que integran las Repúblicas Soviéticas, tiene por fin salvaguardar la paz con todos los pueblos.

...Siendo el aliado natural de los pueblos oprimidos, la Unión de Repúblicas Socialistas

Soviéticas tiende a relaciones amistosas y pacíficas con todos los pueblos, así como a la colaboración económica con éstos".

Respecto a los fines, el mismo decreto rezaba: "En el enorme territorio desde los mares Báltico, Negro y Blanco hasta el Océano Pacífico está realizando la hermandad entre los pueblos y también el reino del trabajo, tendiendo simultáneamente a contribuir a la colaboración amistosa entre los pueblos del mundo entero".

Uno de los resultados directos de la fundación de la URSS vino a ser el hecho de que consolidasen sus posiciones internacionales las repúblicas soviéticas y acentuase el Estado soviético su influjo como gran potencia, sin cuya participación ya era imposible examinar y resolver los problemas internacionales.

De aquí en adelante las representaciones soviéticas expresaron los intereses del gran estado multinacional de obreros y campesinos, de la unión de naciones que consolidó su potencia económica y militar y su voluntad política. Al mismo tiempo, al fundarse la Unión de las Repúblicas Soviéticas, ante los estados extranjeros se abrieron las más amplias posibilidades para encauzar una colaboración económica.

Un amplio período de reconocimiento diplomático de la Unión Soviética vino a ser el resultado directo de la consecuente actividad desplegada por la diplomacia leninista. La cohesión de las repúblicas soviéticas y su agrupación en la URSS demostraron una vez más que eran por completo inconsistentes las esperanzas puestas por la reacción imperialista en un rápido derrocamiento del poder soviético.

Los gobiernos de las potencias burguesas se vieron obligados a entablar negociaciones para normalizar relaciones con la Unión Soviética. Italia dio el primer paso en ese sentido.

Pero en cuanto al acto de reconocimiento, Inglaterra aventajó a Italia.

En un año aproximadamente, tras Inglaterra e Italia varios estados capitalistas declararon su pleno reconocimiento diplomático de la URSS. Fueron Noruega, Suecia, Dinamarca, Austria, Grecia, México, China y otros. Un poco más tarde, entre esos países se encontraron también Francia y Japón.

La fundación de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y la creación de una comunidad política de pueblos libres e iguales en derechos a base de la edificación conjunta del socialismo y el comunismo, ejercieron influencia en toda la marcha del proceso revolucionario mundial, en todas las corrientes del movimiento liberador. La experiencia que poseía la Unión Soviética puso de relieve cuán enorme fuerza creadora es la del internacionalismo proletario y evidenció las gigantescas posibilidades potenciales que se cimentan en una comunidad fraternal de pueblos entusiasmados por los ideales socialistas. En el curso de la lucha por el socialismo y el comunismo se formó una nueva comunidad histórica: el pueblo soviético.

Ahora, el pueblo soviético está realizando el grandioso plan de edificación comunista, aprobado por el XXIV Congreso del PCUS y que estipula, a la par con el desarrollo mul-



**EL PRESIDENTE** de Chile, Dr. Salvador Allende, visitó la Unión Soviética el 6 de diciembre recién pasado. En el aeropuerto de Vnukovo lo recibieron el Presidente del Presidium del Soviet Supremo, N. V. Podgorni, el Presidente del Consejo de Ministros, A. N. Kosi-guin; el secretario del Comité Central y miembro del Buró Político del PCUS, A. P. Kiri-lenko; y el secretario del Comité Central, B. N. Ponomariov. (Foto APN)

tilateral de cada república fraterna, el continuo acercamiento gradual entre las naciones y grupos étnicos en el país.

La solución dada al problema de las relaciones entre naciones vino a ser uno de los grandes logros del pueblo soviético y al mismo tiempo una importante etapa en el progreso social de toda la humanidad. Tuvieron particular importancia para el afianzamiento del sistema socialista mundial, para el desarrollo de las relaciones fraternales entre los pueblos enmarcados en la comunidad socialista, para el radical avance orientado a la formación de las relaciones comunistas entre los pueblos.

Los pueblos del país soviético, agrupados en una sola formación estatal socialista, no sólo dieron como ejemplo la construcción de una vida nueva, un modelo del nuevo tipo de relaciones entre nacionalidades a título de vanguardia del proceso revolucionario mundial, sino que también prestaron y prestan apoyo directo a los países que emprendieron el camino del socialismo. Ese apoyo se acentuó durante la Segunda Guerra Mundial, cuando el multinacional estado soviético, soportando las pruebas más penosas, desempeñó un papel decisivo en liberar de los ocu-

pantes hitlerianos varios países europeoorientales. Después, por todos los medios —tanto políticos como económicos— ayudó a las fuerzas avanzadas de esos países a implantar y afianzar el régimen democrático-popular.

Los tratados bilaterales de amistad, colaboración y ayuda mutua, suscritos entre la Unión Soviética y Estados democrático-populares en 1947-1949, constituían para éstos una garantía firme y la defensa de su independencia y seguridad. La URSS, merced a su potencia militar, no sólo garantizó a los estados socialistas la defensa ante el peligro de intervención imperialista, sino que con eso mismo permitió a los pueblos concentrar sus principales esfuerzos en la edificación socialista pacífica. Es notorio, por ejemplo, que en los primeros años después de la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética impidió resueltamente a las potencias imperialistas inmiscuirse en los asuntos internos de Bulgaria, Checoslovaquia, Rumania y otros países de democracia popular. En 1956 la URSS ayudó a los trabajadores húngaros a derrotar la contrarrevolución, en los años 1961-1962 cerró el paso a la intervención contra la Cuba revolucionaria.

En 1968 la URSS junto con otros Estados

socialistas prestó apoyo internacional al pueblo checoslovaco para superar la crisis creada por los revisionistas de derecha y por los elementos contrarrevolucionarios. Los países socialistas, en primer lugar, y la Unión Soviética, en grado decisivo, durante mucho tiempo vienen prestando toda la ayuda necesaria, incluida la militar, a la República Democrática de Vietnam, que defiende heroicamente su libertad e independencia.

Estos últimos años, los tratados bilaterales entre la URSS y otros Estados de la comunidad socialista se renovaron y prorrogaron. Eso ha demostrado que ahora dichos tratados también están considerados como justificada base de la garantía mutua de seguridad.

A los diez años de terminada la Segunda Guerra Mundial, los Estados socialistas tomaron medidas para garantizar su seguridad concertando el Tratado de Varsovia, según el cual se creó la organización defensiva de los países socialistas. Este forzado paso de dichos Estados se debía, sobre todo, a la amenaza exterior, y de ninguna manera a ciertas necesidades relativas a las nuevas formas de colaboración política y militar en la edificación del socialismo. A despecho de las aseveraciones de los "soviólogos" reaccionarios, la comunidad socialista no necesita mecanismo militar alguno para cohesionar sus filas. Los países signatarios del Tratado de Varsovia plantearon reiteradamente la cuestión de disolver en Europa los bloques militares contrapuestos entre sí. Como es notorio, el Programa de paz elaborado por el XXIV Congreso del PCUS prevé también, en interés de fortalecer la seguridad europea, anular simultáneamente el Tratado de Varsovia y la Alianza Noratlántica o, como primer paso, liquidar sus organizaciones militares.

Pero mientras existan los bloques imperialistas, mientras se realicen a marcha forzada preparativos militares que agudicen la situación internacional, mientras falte un sistema eficaz de seguridad en Europa, subsistirá como necesidad perentoria la organización defensiva de los países socialistas. Es bien evidente que hoy día el Tratado de Varsovia ejerce una influencia activa en la política internacional, orientándola a consolidar la paz, la estabilidad y la seguridad.

Estos últimos años viene acreciendo ininterrumpidamente su importancia la coordinación político-diplomática de los países que entran en la comunidad socialista. Las sesiones del Comité Político Consultivo del Tratado de Varsovia devienen más a menudo en un foro para examinar y resolver los más importantes problemas relativos a la estrategia de la política exterior y a la táctica de los países socialistas.

Al mismo tiempo, los Estados socialistas utilizan también otras formas de organización con miras a elaborar y coordinar una línea común para actuar en la palestra internacional.

A consolidar la unidad política y la cohesión de los países socialistas contribuye en gran medida el proceso de su mutuo acercamiento económico, que viene profundizándose, y la colaboración. Desde los primeros años

postbélicos las relaciones económicas entre los países socialistas pasaron por varias etapas sucesivas. Antes de surgir en 1949 el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) y durante el primer periodo de su actividad, esas relaciones en gran parte se redujeron al apoyo y ayuda de los Estados socialistas desarrollados industrialmente (en primer lugar, de la Unión Soviética) a otros países fraternales en crear una industria moderna, en elevar los ritmos de su progreso económico. Tal forma de las relaciones económicas mutuas mantiene, en cierto grado, su significación en la actualidad. Pero la colaboración mutuamente ventajosa y de iguales derechos a base de profundizar la división socialista internacional del trabajo, de especializar, cooperativizar y coordinar los planes de economía nacional, adquirió un lugar predominante en el sistema de relaciones económicas de los países socialistas.

El Programa aprobado por el CAME en su XXV sesión (julio de 1971) planteó ante los países de la comunidad socialista la tarea de realizar la integración económica socialista.

La integración económica de los estados socialistas, que hoy ha devenido una directiva programática para toda la comunidad socialista, está llamada a dar el primer paso importante para realizar las ideas de V. I. Lenin sobre la internacionalización de los vínculos económicos en el socialismo, sobre el acercamiento entre las naciones socialistas y la organización planificada de la producción socialista en escala mundial.

La fundación de la URSS y la construcción conjunta de la economía nacional de las repúblicas socialistas que constituyeron la Unión, fue el primer experimento en la historia de la integración, de la unión en las relaciones económicas de diversos pueblos a base de la reestructuración socialista de la sociedad. Este experimento llegó a ser parte del haber de la teoría y práctica económicas en los países fraternales y les sirve de importante apoyo para resolver las imperiosas y grandes tareas de la integración socialista.

La economía de los países de la comunidad socialista demostró convincentemente que las relaciones de productividad socialistas son superiores a las capitalistas. La producción industrial de los países del CAME aventajó y sigue aventajando por los ritmos de desarrollo a cualquier otro grupo de los países pertenecientes al mundo capitalista, incluso al "Mercado Común", que se desarrolla más dinámicamente. En los años 1949-1970 la producción industrial en los países del CAME se incrementó en el 580%, mientras que en los países capitalistas desarrollados en el 180%.

La continua cohesión ideo-política de los países de la comunidad socialista a base del internacionalismo proletario, contribuye también en grado considerable a reforzar los lazos que vinculan entre sí a esos estados.

La fundación de la URSS —la primera unión equitativa de muchas naciones y pueblos en la historia de la humanidad— ejerció enorme influencia en el desarrollo del movimiento de liberación nacional, de todos los pueblos coloniales y oprimidos por el imperialismo. Los cincuenta años transcurridos demostraron palmariamente que sólo el so-



LA POBLACION DE Moscú saludó con afecto al Presidente chileno, Dr. Salvador Allende.  
(Foto APN).

cialismo crea las condiciones para resolver el problema de las nacionalidades, para suprimir en aras de la amistad fraternal entre los pueblos el yugo de una nación sobre otra. La experiencia y el ejemplo de la Unión Soviética en solucionar dicho problema han devenido patrimonio del movimiento revolucionario mundial y han desempeñado el papel de potentes aceleradores en la lucha de los pueblos contra el yugo colonial, por su liberación nacional.

La potencia socialista multinacional ha preconizado siempre, como uno de los importantes fines de su política exterior, la lucha por suprimir todas las formas y manifestaciones de colonialismo.

Durante la historia de medio siglo de la URSS, la diplomacia soviética no sólo no ha renunciado jamás a ese principio, sino que ha contribuido de un modo decisivo para elevarlo a norma inalienable del derecho internacional, fijada en la Carta de la ONU y en varias actas y documentos político-diplomáticos, que vienen regulando las relaciones internacionales contemporáneas. La Unión Soviética ha venido logrando consecuentemente que la verdadera igualdad de los pueblos de los países coloniales en los asuntos internacionales sea reconocida y, por todos los medios —desde las acciones diplomáticas y el apoyo económico hasta la ayuda militar— ha contribuido a que obtengan una verdadera independencia y soberanía.

Pronunciándose invariablemente en defensa de los derechos y la independencia de los países oprimidos por el imperialismo, la URSS planteó en los últimos años radicales proposiciones en la ONU para suprimir definitivamente el colonialismo. La Declaración de la ONU sobre ese problema, aprobada en 1960 por iniciativa de la URSS, adquirió am-

plio reconocimiento internacional y tiene gran importancia para la lucha que los pueblos mantienen por suprimir los últimos baluartes del colonialismo.

Reforzar la independencia política de los pueblos que sacudieron el yugo colonial, está vinculado estrechamente con la brega por crear una base económica firme. Por eso la Unión Soviética procura ayudar activamente a los países en vías de desarrollo a evadirse de las tenazas a que equivale la división capitalista del trabajo, a librarse de la pasada "tutela" de los monopolios internacionales. Las empresas industriales construidas por la Unión Soviética y otros estados socialistas, en India, Egipto, Irak, Libia, Siria, Argelia, Afganistán y otros, les permiten disminuir su dependencia ante el mercado capitalista mundial y obtener premisas adicionales para llevar a cabo un rumbo político verdaderamente independiente. Es demostrativo también el progreso logrado en las relaciones comerciales entre los estados de la comunidad socialista y los países en vías de desarrollo. Así, la circulación de mercancías de la URSS con ese grupo de países alcanzó en 1970 una suma imponente: tres mil millones de rublos.

Contra los países que aspiran a acabar con la influencia del imperialismo contemporáneo, éste no cesa en manera alguna sus intentos de subyugación directa. Con ese fin no sólo utiliza el arsenal de los medios indirectos neocolonialistas (en su mayoría económicos), sino que también realiza ataques agresivos y frontales uno tras otro, así como desencadena sucias guerras coloniales. Los jóvenes Estados no estarían en condiciones de rechazar el empuje de la máquina militar del imperialismo mundial si no les hubieran ayudado la URSS y la comunidad socialista. La solidaridad de la Unión Soviética.

ca con el heroico pueblo vietnamita y la ininterrumpida ayuda a él prestada dieron la posibilidad de asestar duros golpes contra el agresor imperialista en Indochina. El apoyo soviético a los países árabes progresistas desempeñó un papel principal en frustrar los planes de los expansionistas israelíes en el Cercano Oriente. La posición de principio asumida por la URSS tuvo una gran significación para el desenlace del conflicto en Indostán, que motivó la proclamación de la independencia estatal de Bangladesh, con 75 millones de habitantes.

La amistad de la Unión Soviética con los jóvenes Estados liberados del yugo imperialista, se reflejó estos últimos años en varios actos diplomáticos, por ejemplo, en los tratados sobre paz y colaboración firmados por la Unión Soviética con Egipto, la India e Irak. Es significativo, que en esos documentos se condenen resueltamente el colonialismo y el racismo; se proclama, a título de finalidad común de las partes contratantes, la supresión del colonialismo en todas sus formas.

Desde el momento de su fundación, aplicando la Unión Soviética la política internacionalista del PCUS en las relaciones internacionales, interviene consecuentemente como un baluarte de la paz y seguridad en interés de todos los pueblos. La orientación de principio que sigue la Unión Soviética a lo largo de toda su historia, consiste en censurar la guerra imperialista como un crimen de lesa humanidad y en luchar contra el desencadenamiento de nuevas guerras. Al formarse la unión fraternal de la Unión de Repúblicas Soviéticas se abrió un espacio más vasto para plasmar los principios leninistas de la política exterior socialista. Esto se refiere, en particular, al principio de la coexistencia pacífica entre Estados con diferentes sistemas sociales, principio rector en la actividad internacional del gobierno soviético ya en los primeros días de haber triunfado la Revolución de Octubre.

Las potencias imperialistas experimentaron en sí por primera vez en la historia, la fuerza con que contaba la ofensiva pacífica de la diplomacia soviética aun en 1922, cuando ellas no podían liquidar por la vía armada el nuevo régimen social y hubieron de invitar a la Rusia Soviética a la mesa de conversaciones en la primera Conferencia Paneuropea, celebrada en Génova. En dicha Conferencia la República Soviética y Alemania firmaron el Pacto de Rapallo, según el cual dos Estados, uno socialista y otro capitalista, por primera vez en la historia, dando arreglo a pretensiones y divergencias mutuas, abrieron el camino para una colaboración equitativa y mutuamente ventajosa.

La Unión Soviética siempre consideró y sigue considerando que el desarme general y completo es la garantía más eficaz de la paz. Ya en 1922 en Génova, el gobierno soviético presentó una proposición orientada a reducir los armamentos. En la década del 30 la URSS presentó varios proyectos y proposiciones que preveían tanto el desarme completo como —en calidad de medidas inmediatas—

los pasos parciales para reducir los armamentos.

La lucha por consolidar la seguridad general constituye gloriosa tradición de la política exterior soviética. Aún en vísperas de la Segunda Guerra Mundial la diplomacia soviética se pronunció activamente por crear la seguridad colectiva. En la actualidad, la Unión Soviética considera la creación de sistemas de seguridad regionales (europea, asiática) como el camino para vigorizar la paz general. Como en otros problemas de la política mundial, las medidas constructivas para garantizar la seguridad las elabora mancomunadamente la comunidad entera de los países socialistas.

Merced a la concentrada actividad, en primer lugar de la diplomacia socialista y de las fuerzas con sentido realista en los países capitalistas, en Europa ya se operaron cambios que aseguran una esencial distensión política y contribuyen a consolidar la seguridad. Entre ellos figuran los tratados suscritos por la URSS y por la República Popular de Polonia con la República Federal de Alemania, que ya entraron en vigor, el acuerdo cuatripartito sobre el Berlín Occidental, el reforzamiento de las posiciones jurídico-internacionales de la República Democrática Alemana.

Las propuestas constructivas que presentó la Unión Soviética, llamadas a garantizar la seguridad en Asia sobre una base colectiva, vienen adquiriendo cada vez un eco más amplio.

La idea de la seguridad colectiva en Asia, naturalmente derivada de los fundamentales principios de la política exterior soviética y que responde a las tradiciones de ésta, que tiene cincuenta años, encuentra creciente comprensión y vivo interés en varios Estados que ven en ella un medio de asegurar las condiciones para el desarrollo pacífico y el progreso social de los pueblos asiáticos.

En los últimos años, el clima de las relaciones pacíficas internacionales se saneó en gran medida gracias al mejoramiento de las relaciones y de la colaboración multilateral entre la URSS y varios estados, en primer lugar con Francia. Las relaciones tradicionales de buena vecindad vinculan a nuestro país con Afganistán, Finlandia, Turquía e Irán.

Se ha logrado un notable progreso en el desarrollo de los vínculos económicos con países capitalistas, lo que es un elemento necesario para la existencia de los dos sistemas.

La política de vigorizar la paz general y la seguridad internacional, practicada por la Unión Soviética y otros países de la comunidad socialista y que tiene una experiencia de medio siglo en su aplicación de los principios leninistas a la política exterior, es una brújula segura para todas las naciones y pueblos, para todas las fuerzas que luchan por la paz, la liberación nacional, la democracia y el socialismo. (APN).

**ABDULGAN AJTAMZIAN Y  
LEONID ISTIAGUIN**

## Fidel en Moscú:

# Los pueblos de América Latina vuelven sus ojos al socialismo



FIDEL CASTRO Y ALLENDE EN CUBA.

**E**L siguiente es el texto del discurso del Primer Secretario del Partido Comunista de Cuba y Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, Comandante Fidel Castro, pronunciado en la sesión conjunta en honor del cincuentenario de la URSS en el Palacio de los Congresos del Kremlin, el 22 de diciembre:

“Queridos camaradas:

Hemos tenido el privilegio de compartir con ustedes esta conmemoración, que pertenece ciertamente a todos los revolucionarios del mundo.

Y qué magnífico recuento nos ofreció el compañero Brezhnev de las extraordinarias realizaciones de estos cincuenta años.

Qué conmovedor espectáculo, qué confianza, qué fuerza nos brindaron los konsomoles y pioneros en este teatro, al finalizar la jornada de ayer.

Y qué bellas las palabras del viejo bolchevique, que participó en el primer soviét y ahora se reúne con nosotros en esta conmemoración victoriosa para expresarnos su orgullo por los triunfos alcanzados con tan duros esfuerzos, y por la fidelidad de su partido y de la nueva generación de comunistas a las tradiciones de los luchadores de octubre y a las ideas inmortales de Lenin. Optimismo, fe en el futuro, seguridad absoluta en el triunfo definitivo del ideal comunista, es lo

que se respira por todos los poros en esta fecha.

Hace cincuenta años las potencias capitalistas se burlaban de la recién fundada Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. El inmenso atraso cultural y técnico, más la destrucción causada por la guerra y la intervención, el bloqueo y el aislamiento a que fue sometida, les hicieron concebir la esperanza de que la revolución socialista y con ella la URSS fracasarían rotundamente. Hace cincuenta años hasta el propio concepto del socialismo estaba virtualmente proscrito y anatematizado por la inmensa mayoría de los gobiernos del mundo y las clases dominantes.

Cuánto ha cambiado el panorama en estos relativamente breves años. Hoy, gracias a los éxitos espectaculares de la Unión Soviética, a su proeza en la construcción económica, a su gloriosa y decisiva victoria contra el fascismo que hizo posible la liberación de decenas de pueblos oprimidos y abrió cauces extraordinarios al movimiento de liberación nacional y a sus no menos impresionantes avances en el terreno cultural y científico, los pueblos del mundo y en especial de Asia, Africa y América latina vuelven sus ojos cada vez más hacia el socialismo, buscando soluciones a problemas que el desarrollo capitalista de sus economías y las desiguales relaciones internacionales basadas en tal desarrollo no podrían resolver jamás.

Hace sólo veinticinco años, al concluir la

Segunda Guerra Mundial, el imperialismo —todavía poderoso e inmensamente rico, frente a la URSS, cuyos campos y ciudades habían sido arrasados por la artera agresión fascista— estableció un sistema de alianzas militares y rodeó de bases estratégicas al pueblo soviético, monopolizando agresivamente el arma nuclear.

Hoy no tienen ya vigencia alguna las péfidias mentiras con que, para justificar su política, quiso engañar a la humanidad, presentando a la URSS como una amenaza a la seguridad de las naciones europeas y del mundo. Las alianzas militares se resquebrajan, el cerco de bases estratégicas es cada vez más obsoleto y el monopolio nuclear dejó de existir hace mucho tiempo. Europa despierta a la realidad del mundo de hoy y se prepara a coexistir pacíficamente con la URSS, y hasta pueblos tan distantes de Europa como Nueva Zelanda y Australia, que antaño siguieron dócilmente los dictados de Washington, hoy muestran la clara tendencia a seguir caminos racionales y propios.

¿Y quién habría imaginado hace cincuenta años la existencia de Cuba revolucionaria? ¿Quién habría creído entonces que nuestra patria, precisamente por la generosidad y solidaridad de esta Unión Soviética cuyo cincuentenario conmemoramos hoy, se convertiría en el primer Estado socialista de América latina a noventa millas de Estados Unidos?

De nada valieron la intervención capitalista contra la Unión Soviética en los años que siguieron a la revolución bolchevique, ni el bloqueo económico, ni la agresión fascista, el cerco de bases estratégicas, el monopolio nuclear y las alianzas militares. Por el camino que abrió la revolución de octubre, marchan ya otros países en todos los continentes y son cada vez más los pueblos que emprenden su ruta esperanzadora y digna.

Ya nadie se atreve a burlarse de lo que significa la URSS. Ya nadie puede proscribir por decreto el socialismo y el comunismo. Y ya no existe sólo la Unión Soviética. Hoy existe el campo socialista, del cual nuestra patria se honra en formar parte. Y tenemos, además, el pujante movimiento de los pueblos que se han liberado del yugo del colonialismo, el combate sostenido y victorioso de los que como Vietnam y demás pueblos de Indochina luchan heroicamente por su liberación nacional, y la fuerza creciente de la clase obrera en el mundo capitalista.

Que el futuro pertenece por entero al socialismo, ya nadie lo puede dudar. La figura de Lenin se agiganta ante la historia y sus ideas luminosas se convierten en el patrimonio común de los luchadores revolucionarios en todos los rincones de la tierra.

Ese es el balance hermoso, alentador, que ustedes, queridos compañeros, pueden presentar a los cincuenta años de fundada la Unión Soviética, y por eso felicitamos de todo corazón a los representantes de las diversas repúblicas de la URSS, aquí reunidos y a los dirigentes del Partido y el Estado Soviético.

Pero quisiéramos añadir algo más, relacionado con este mismo aniversario que estamos celebrando.

El desarrollo de una comunidad de Repú-

blicas Socialistas dentro de un mismo estado multinacional, creó una imagen de lo que ha de ser seguramente un mundo futuro de naciones socialistas cada vez más unidas. En que se irá realizando el sueño definitivo de una humanidad sin fronteras. Compartimos ese ideal.

José Martí, guía y apóstol de nuestra guerra de independencia contra España, nos enseñó ese espíritu internacionalista que Marx, Engels y Lenin confirmaron en la conciencia de nuestro pueblo. Martí pensaba que patria es humanidad y nos trazó la imagen de una América latina unida, frente a la otra América imperialista y soberbia, revuelta y brutal, como él decía, que nos despreciaba. Las bases de esa comunidad latinoamericana que alguna vez será parte de un mundo socialista, surgen hoy en la firme decisión del pueblo chileno de hacer las transformaciones socialistas, en el nacionalismo revolucionario de los gobernantes militares peruanos, en la resistencia de Panamá, en el heroísmo de los millares de combatientes latinoamericanos, muertos, encarcelados y perseguidos.

En esa lucha la existencia de la Unión Soviética es un ejemplo y una garantía. Sin la existencia de la URSS el imperialismo norteamericano tendría sus manos libres para ejercer con brutalidad el papel de gendarme que se ha asignado. Cuba, queremos repetirlo, ha logrado resistir al imperialismo más poderoso de la historia no sólo por la firmeza, sacrificio y decisión de su pueblo, sino también por la ejemplar solidaridad de la Unión Soviética.

Nosotros queremos subrayar, una vez más, en esta oportunidad singular, nuestro eterno reconocimiento por esa solidaridad que confirma el internacionalismo proletario de la gran patria de Lenin.

Este es un día de fiesta para los comunistas, para los revolucionarios, para los antimperialistas. No podemos olvidar, sin embargo, y ninguno de nosotros lo olvida, a los millones de obreros, campesinos, negros, indígenas, para los cuales no hay todavía alegría, como no sea la esperanza que surge de esta victoria del socialismo que aquí celebramos. No ha sido posible tampoco incorporar a nuestra alegría, la que la victoria del pueblo de Vietnam traerá para todos los hombres y mujeres honrados del mundo.

El empecinamiento imperialista de Nixon retrasa, con sangre inútil, con destrucción bárbara y con perfidia diplomática, esa derrota que ya los propios imperialistas tienen que admitir.

Pero Vietnam, con la cooperación firme y decidida de todos nosotros, también vencerá. Y ello será un indicio más de que el imperialismo no podrá sobrevivir, y que el socialismo, que durante medio siglo se ha sobrepujado en la URSS a los asedios, a la guerra más devastadora de la historia, al cerco implacable de sus enemigos, va a ofrecer un día no ya muy lejano, el espectáculo de un mundo donde entre las naciones y los hombres imperen las relaciones humanas, solidarias y fraternales, de las cuales son hoy un ejemplo impecadero los pueblos de la Unión Soviética.

¡Vivan las ideas inmortales de Lenin!

¡Viva el internacionalismo proletario!

¡Viva la Unión Soviética!



# Vietnam: la prueba suprema del internacionalismo proletario

**L**OS Estados Unidos desataron en los últimos 15 días sobre Vietnam del Norte los más despiadados ataques aéreos de toda la guerra de Indochina. Hanoi, Haiphong y otras ciudades norvietnamitas fueron bombardeadas inmediatamente después que las conversaciones de paz que se realizaban en París quedaron suspendidas indefinidamente. La reacción norteamericana fue la resultante lógica de su fracaso para tratar de imponer una solución política que le fuera ventajosa. El imperialismo había llegado al terreno diplomático obligado por su incapacidad para alcanzar en el conflicto una victoria militar que le permitiera dictar los términos de una "pax americana". Ahora, frenético porque en las negociaciones, que dilató hasta pasada la reelección de Nixon, no alcanzó el éxito previsto, volvió a su antigua posición de fuerza y desde el lunes 18 de diciembre volcó todo su poderío aéreo y naval contra Vietnam del Norte para tratar que el gobierno vietnamita abandonara la lucha revolucionaria por su independencia y aceptara las condiciones norteamericanas.

En los primeros tres días de esta brutal acción, se estima que Estados Unidos utilizó 600 de los 700 caza-bombarderos de la Fuerza Aérea, la Marina de Guerra y la Infantería de Marina que tiene en el sudeste asiático, así como 150 de los 200 bombarderos estratégicos B-52 disponibles en esa zona. En ese mismo lapso se calcula que fueron lanzadas unas 20 mil toneladas de bombas sobre Vietnam del Norte, igual al poder de la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima el 6 de agosto de 1945 y que fue estimada en 20 mil toneladas de TNT. Por su parte cruceros y destructores de la Séptima Flota bombardearon las áreas costeras, desde Than Hoa al norte.

Los daños y las víctimas civiles han sido considerables. Por primera vez fue bombardeado el centro de Hanoi y los ataques fueron especialmente destructivos en el puerto de Haiphong, que sufrió el último gran bombardeo en abril del año pasado. En Hanoi fueron dañadas severamente la embajada de Cuba y la de Suecia. Hace algunos meses los aviones norteamericanos destruyeron la embajada francesa y en ese ataque murió el propio representante de Francia.

La actitud de Washington es tanto más vituperable cuanto que se creía que las conversaciones de París habían enfilado por un camino de paz, que incluso hizo posible el anuncio de la firma de un acuerdo que debía entrar en aplicación el 31 de octubre pasado, cuatro días antes de las elecciones presidenciales norteamericanas. En ese entonces, la opinión pública mundial creyó que la Administración Nixon estaba dispuesta a lograr la paz. Los hechos de ahora han probado claramente que lo sucedido en la mesa de negociaciones de París no pasó de ser un acto de la más pura demagogia pre-electoral del Presidente reelegido y de su vocero, Hen-



**LE DUC THO**, jefe de la delegación vietnamita en París.

ry Kissinger. Obtenida la victoria en las urnas por una mayoría considerable, el mandatario norteamericano y sus socios diplomáticos cambiaron de ropaje y volvieron a repetir una historia que tuvo un precedente casi idéntico en 1968, cuando tras la victoriosa ofensiva del Tet el Presidente Johnson se vio obligado a entablar conversaciones de "paz", previa suspensión de los bombardeos aéreos.

## LA ESTRATEGIA DEL IMPERIALISMO

Un análisis de la situación y de la reacción norteamericana muestra hasta dónde la revolución de los pueblos indochinos ocupa un lugar preponderante en la estrategia mundial del imperialismo. Washington y su mano armada, el Pentágono, no están defendiendo en el sudeste asiático intereses regionales del capitalismo norteamericano. Por el contrario, el compromiso es más vasto y está animado por la conciencia que Estados Unidos tiene de jugar en este momento de la historia contemporánea el papel de gendarme del mundo capitalista para defender los intereses de la burguesía mundial, amenazados por la radicalización del proceso revolucionario y "el ascenso vertiginoso de la corriente de independencia nacional en todos los continentes" (1).

Cuando en 1954 los Estados Unidos asumieron el puesto que dejaba en el sudeste asiático la derrota del colonialismo francés, consumada en Dien Bien Phu, su objetivo era bien claro. Había que aniquilar la revolución anticolonialista en su centro más activo y preparar una contraofensiva cuya etapa decisiva fuera la reapertura de China y su in-

(1) "La victoria de la tendencia revolucionaria", editorial del "Nhan Dan", órgano del Partido de los Trabajadores de Vietnam, 17-VIII-1972.

corporación a los mercados imperialistas. La política norteamericana en ese sentido partió con Kennedy y siguió luego intensificándose con Johnson para tener su expresión más completa con Nixon.

Era importante por lo tanto obtener una victoria militar en Vietnam del Sur para luego destruir el Estado socialista de Vietnam del Norte. Las tácticas ensayadas por los norteamericanos para lograr ese objetivo comportan el conjunto más avanzado de maniobras que caracterizan a una intervención imperialista moderna, desplegada a todo trapo con el uso indiscriminado de la técnica actual. De la actuación de los "consejeros militares" se llegó a la más pura y simple invasión, que significó que en un tiempo hubiera más de medio millón de soldados norteamericanos en Vietnam. La estrategia militar incluyó tácticas tan diferentes como la "guerra especial", la "guerra local", la "guerra electrónica" y, en general, la aplicación de medios de destrucción extremadamente diversificados y científicamente elaborados. Paralelamente, las diversas Administraciones norteamericanas fueron utilizando en el terreno político otras maniobras como la "vietnamización", un nuevo estilo de la política neocolonial, o aquella a nivel mundial "de arreglar los problemas internacionales con otros países sin tener en cuenta los intereses y aspiraciones de los pueblos del Tercer Mundo" (2).

A cada grado que subía la escalada militar norteamericana en Vietnam, los imperialistas intensificaban su acción política. Porque una a una cada maniobra que pusieron en práctica fue derrotada por un elemento que no incluyó Washington en su estrategia de conjunto: la resistencia victoriosa del pueblo vietnamita. La ofensiva del Tet de 1968 simboliza en este plano el fracaso estratégico de la "guerra especial", primero, y luego de la "guerra local", montada a cualquier precio.

Estas derrotas crearon las condiciones en 1968 para iniciar la búsqueda de un acuerdo que pusiera fin al conflicto. Al menos esa fue la intención declarada por Estados Unidos. En mayo de ese año la conferencia fue abierta a través de una negociación bilateral entre Estados Unidos y la República Democrática de Vietnam. El primer objetivo: un acuerdo que pusiera fin a los bombardeos de Vietnam del Norte, condición esencial para mayores negociaciones destinadas a buscar una salida de la guerra. Ese año también había elecciones presidenciales en Estados Unidos.

La primera fase finalizó el 31 de octubre, cuando el presidente Johnson anunció que los bombardeos terminarían al día siguiente y que las discusiones contarían con la participación de una delegación del Frente Nacional de Liberación y otra del régimen títere de Saigón. En Hanoi hubo dudas y reticencias para aceptar la presencia de una delegación de Saigón: los norvietnamitas preveían que Nguyen Van Thieu podría entorpecer cualquier progreso que se lograra, especialmente si Washington así lo deseaba. Todas estas aprensiones resultaron ciertas.

## LAS MANIOBRAS DE 1968

Averell Harriman, uno de los principales negociadores enviados por el presidente Johnson a París hace referencias a los obstáculos puestos por Thieu y a la serie de postergaciones que surgieron en torno a la Conferencia de París, prevista para iniciarse antes del 5 de noviembre (fecha de la elección presidencial), en su libro "América y Rusia en un mundo cambiante", editado en 1971. Thieu avisó que era imposible que "su delegación llegara a París el sábado 2 de noviembre, por falta de tiempo. Luego encontró otro y después cuatro o cinco pretextos, cada uno de los cuales provocó un retardo sustancial". El 7 de noviembre la delegación norvietnamita estaba en París, pero no había allí signo alguno de la delegación de Saigón.

"No había duda alguna —escribe Averell Harriman— que por un medio u otro, Thieu había recibido el consejo de esperar hasta después de las elecciones norteamericanas". Harriman guarda lealtad hacia Nixon cuando agrega:

"No sugiero de manera alguna que el presidente Nixon estaba al corriente de todo. Pero muchos creen que si hubiéramos comenzado las negociaciones durante la semana que precedió a su elección, esto podría haber cambiado la diferencia, mínima pero vital, que influyó en el resultado del escrutinio" (en favor de Nixon). Y añade: "Si Hubert Humphrey hubiera sido elegido presidente, ya en estos momentos hubiéramos abandonado Vietnam. Puedo afirmar esto con seguridad, porque estoy convencido que habría nombrado a George Ball o a Clark Clifford como secretario de Estado, y conozco bien cuáles son sus posiciones". (Tanto Clifford como Ball fueron los principales críticos de la guerra durante el último periodo de la Administración Johnson).

Para Wilfred Burchett, el periodista australiano mejor informado de los asuntos asiáticos, las confidencias de Harriman sostienen la tesis de que el hecho de que no hubieran comenzado las conversaciones y que Nixon pudiera presentarse como "candidato de la paz", le aportó el 0.6% de los sufragios que lo llevaron a la Casa Blanca. "Si el análisis de Harriman es correcto —comenta Burchett— eso quiere decir que los dos días suplementarios de bombardeos a fines de octubre de 1968 han sido los responsables de los millones de toneladas de bombas lanzadas sobre Indochina durante los cuatro años de la Administración de Nixon y en los dos meses de esta nueva Administración que comienza".

Nixon rompió en 1968 su promesa de comenzar las conversaciones el 6 de noviembre, las que sólo se iniciaron el 25 de enero de 1969, cinco días después de asumir la presidencia. En lo que medió de ese lapso se perdió un tiempo precioso en la famosa discusión de si la mesa de conversaciones debía ser redonda, cuadrada, octogonal, etc. Aquí Harriman confiesa que las delegaciones de la RDV y del FNL "estaban de acuerdo en aceptar una mesa redonda, tal como nosotros la habíamos recomendado. Históricamente éste fue siempre el medio para evitar las dificultades de protocolo, pero Thieu lo rechazó por la simple razón de que no quería discusiones

(2) Ibid.

serias antes de que Nixon tomara el poder. En efecto trató por todos los medios de hacer fracasar las conversaciones —como yo lo entiendo— hasta que el presidente electo, Nixon, le hizo saber que quería que ellas continuaran...”.

Esta conclusión de Harriman es correcta. Nixon no habría podido iniciar su periodo presidencial con la ruptura de estas negociaciones, ya que ello habría constituido un repudio inmediato y flagrante a sus promesas electorales.

La buena voluntad de los vietnamitas para lograr la paz es reconocida por Harriman cuando escribe: “Durante el periodo comprendido entre la elección y la “inauguración” trabajamos duro para que las negociaciones se iniciaran. Yo no estoy especialmente dotado para hacer el elogio del enemigo, pero los norvietnamitas dejaron el control de dos provincias del Norte... retiraron el 90% de sus tropas y la mitad de ellas más arriba del paralelo 20, a unas 200 millas al norte... Hubo una retirada casi total... Nos pareció que era una invitación para reducir el nivel de los combates y tal vez para trabajar en vista a un cese del fuego...”.

En enero de 1969 cuando Harriman dejó París (fue reemplazado por Henry Cabot Lodge) confidencia que “habíamos convenido que las dos partes, con dos delegados cada una, se reunirían en privado para discutir. No me cabe la menor duda que el presidente Thieu sabotó estas negociaciones y que lo hizo conscientemente. Anunció el 29 de enero que no participaría en discusiones privadas...”.

Harriman afirma más adelante: “Thieu declaró que bajo ninguna circunstancia estaría de acuerdo con un gobierno de coalición y que no permitiría la existencia de un partido comunista en Vietnam del Sur. Eran condiciones previas que la otra parte no aceptaría jamás. También esta acción de Thieu bloqueó todo progreso en París...”. Y con mucha razón Harriman se pregunta: “¿Por qué deberíamos dejar a Thieu el derecho de dictar la política norteamericana? No concibo que nadie pueda dar a un mandatario extranjero ningún derecho a veto”.

## LA MANIOBRA DE 1972

Sin embargo Thieu siguió ejerciendo este derecho a veto durante los cuatro años de la Administración de Nixon. Pero es difícil suponer a un funcionario de la administración de Saigón, tan corrompida y venal, tratando de imponer su voluntad a los Estados Unidos y convertido en amo de la situación y, lo que es peor, en un amo intransigente.

Al fracaso de las primeras conversaciones en París en 1968, donde se perdieron las mejores esperanzas de una paz negociada, sigue casi calcado el fracaso de las conversaciones ocurrido entre octubre y comienzos de diciembre de 1972. La responsabilidad de hace cuatro años se la lleva íntegra el presidente Johnson, quien hizo pagar un precio terrible al pueblo vietnamita por no haber querido terminar su carrera presidencial con la oblicción de negociar la derrota norteamericana.

Nixon durante su presidencia carga con el

fracaso de 1972, que también es un duro precio para los norteamericanos. Hasta octubre de 1968, Estados Unidos había dejado en el campo de batalla vietnamita 29.034 muertos y 200 mil heridos. Cuando Nixon presentó su candidatura a la reelección (julio de 1972) estas cifras habían aumentado oficialmente a 45.836 muertos y a 303.260 heridos. Vale decir un total de 349.096 víctimas para la guerra de Vietnam, comparadas con las 321.000 bajas que tuvo Estados Unidos en la primera Guerra Mundial (3).

Pero además del recuento humano en lo político la gran derrota que hay que contabilizar es el fracaso total de la “vietnamización”. Fue esta circunstancia la que ahora llevó a la reapertura de las conversaciones de París, como antes el fracaso de la “guerra especial” y la “guerra local” habían hecho posible las negociaciones en 1968. Pero en ningún momento los norteamericanos abandonaron sus intenciones de ubicar las condiciones para una solución política que le fuera favorable al imperialismo, estabilizando el régimen de Saigón, golpeando duramente con sus bombardeos las zonas liberadas y el Vietnam del Norte y tratando de aislar internacionalmente a los revolucionarios vietnamitas.

Como en 1968, nunca las esperanzas de una solución al conflicto se vieron más próximas. Los puntos de acuerdo en París preveían la firma de un compromiso que se hallaba, incluso, en la línea del plan de siete puntos planteado por el Gobierno Revolucionario Provisional del Vietnam del Sur (GRP), para el 31 de octubre de 1972. Kissinger había firmado por los Estados Unidos y sólo faltaba la firma de Nixon —comprometida para esa fecha— para que el acuerdo entrara en vigor. La perfidia norteamericana alcanzó niveles increíbles. Nixon postergó la firma para después de las elecciones y una vez que ganó en ellas —en esta ocasión por una mayoría más consistente que en 1968—, se negó simplemente a dar su aprobación a lo conversado, pretextando que su enviado especial —Kissinger— carente de una “formación jurídica especializada” habría dejado pasar por inadvertencia referencias más precisas sobre las tropas norvietnamitas.

Reanudadas en ese terreno, las negociaciones siguieron durante el mes de noviembre, en un ambiente exactamente igual a las ocurridas cuatro años atrás. Los norteamericanos usando las “reticencias” de Thieu como elemento tramitador; los vietnamitas mostrando su buena voluntad de negociar, cediendo en algunas de sus posiciones; Estados Unidos, invocando la “ligereza” de Kissinger y exigiendo el retiro previo a un cese del fuego de por lo menos una parte de los combatientes del Norte, y los vietnamitas barajando las nuevas demandas, cada vez más exigentes, de los norteamericanos, en una larga y fatigosa serie de reuniones.

El impasse culminó el 18 de diciembre. Kissinger había regresado dos días antes a Nueva York dando a entender que los contactos se habían roto. La confirmación de la ruptura fue violenta. Los bombardeos contra

(3) Estadísticas del Departamento de Defensa.

Vietnam del Norte se reanudaron con una intensidad jamás vista antes en esta guerra.

Los acuerdos publicados mostraron que los vietnamitas habían hecho importantes concesiones para lograr la paz. Entre los siete puntos del GRP conocidos en julio de 1971 y el acuerdo Kissinger-Le Duc Tho de octubre de 1972, hay algunas diferencias. La más notable es la que se refiere a la modificación de los "aspectos militares" y los "aspectos políticos" de una solución del conflicto. Los siete puntos insistían en un cese del fuego después de un proceso caracterizado por la suspensión de toda ayuda norteamericana al gobierno de Saigón, la sumisión de Thieu y el abandono de la política de "vietnamización", la formación de una nueva administración favorable "a la paz, la independencia y la neutralidad", la iniciación de conversaciones entre el GRP y la nueva administración bajo la forma de un "Consejo Nacional de Reconciliación y Concordia Nacionales" que prepararía las elecciones.

Ahora, el cese del fuego —según los acuerdos— es anterior a la formación de un organismo tripartito, la administración de Saigón sigue igual y hasta participará en el Consejo de Concordia Nacional, que será puesto en funciones progresivamente y preparará las elecciones. Es obvio que en todo ese tiempo la ayuda norteamericana continuaría llegando a Saigón de cualquier manera y desde el momento que las bases norteamericanas no serán desmanteladas su material de guerra continuará en poder de los titeres saigoneses y de los "consejeros civiles" que harán su aparición.

Hay que destacar que el "antes" y el "después" señalan que el cese del fuego en ningún caso significaba la victoria final de los revolucionarios sino la apertura de un período de intensa lucha política que podía durar bastante, si es que no se producía la reanudación generalizada de los combates. Desde el punto de vista político estos acuerdos representaban una victoria de la revolución vietnamita. Basta compararlos con los acuerdos de Ginebra de 1954, que provocaron la división del Vietnam a partir del paralelo 17, el retiro de las fuerzas "Vietminh" más allá de esa línea de demarcación, la mantención de las tropas francesas durante dos años en Indochina y el mismo plazo para las elecciones generales. Ahora no había división alguna, el cese del fuego regiría en el lugar mismo donde estaban los combatientes, las tropas norvietnamitas seguirían en el sur, las tropas norteamericanas se irían en un plazo de dos meses y dentro de seis se harían las elecciones.

¿Valían la pena estas concesiones? Considerando la provechosa labor revolucionaria en las zonas liberadas es indudable que la relación de fuerzas, en una eventual detención de la guerra, evolucionaría cualitativamente en favor de ellas. Con las fuerzas armadas populares en el terreno, la lucha política de masas que se desarrolla llevaría a una descomposición y desmoralización de los titeres de Saigón. Los éxitos ganados ya, a través de la reforma agraria y la anulación de deudas son la mejor levadura para el poder revolucionario.

Paralelamente a esta pregunta surge otra.

¿Por qué las concesiones? Si se mide en toda su importancia la independencia política del comunismo vietnamita y el dinamismo de la revolución indochina, la pregunta no tendría respuesta razonable. Pero "hoy día una tendencia insana está haciendo que esos problemas se vuelvan confusos y los imperialistas, tan maquiavélicos como son, también meten su mano, cambiando lo verdadero por lo falso y lo blanco por lo negro" (4). En el hecho parece que Nixon-Kissinger en París "aprovecharon la tendencia reconciliadora de algunos países en el mundo" (5) para que esos mismos países olvidaran que las victorias vietnamitas "son severas palabras de recordación para quienes están alejándose de las grandes ideas revolucionarias de "cien batallas-cien victorias" de nuestra época, hundiendo en el camino de la reconciliación, oscuro, pantanoso y deplorable" (6). Sólo así se entienden y podrían definirse como tales las "concesiones" vietnamitas.

### EL PERFIDO IMPERIALISMO

Las mistificaciones del dúo Nixon-Kissinger, van desde la "reticencia" de Thieu hasta la "ligereza" de Kissinger. La primera es una farsa de calibre mayor. Ya decíamos que resultaba difícil suponer al titer de Saigón actuando de amo de esta situación. En la medida que Thieu es reticente, que obstaculiza las negociaciones —sea en 1968, sea en 1972— su actitud traduce la voluntad de Estados Unidos de frenar o romper el proceso de negociaciones de paz. ¿Qué pasaría con Thieu si se produjera una detención unilateral de los bombardeos contra el Norte y el Sur? o, ¿qué le ocurriría a Thieu si Estados Unidos le suspendiera la ayuda militar, los abastecimientos o la corriente de dólares que llega incesantemente a Saigón? La Casa Blanca puede sacar a Thieu del gobierno de Saigón cuando se le ocurra y comprarse íntegramente la camarilla de generales que podrían sucederle. Habría que recordar el triste destino de Ngo Dinh Diem, a quien los norteamericanos en 1963 dejaron asesinar porque ya había cumplido su papel y necesitaban de un nuevo titer.

En cuanto a Kissinger es extraño que sólo ahora Nixon haya descubierto que no tiene "formación jurídica especializada" y que haya actuado con "ligereza", cuando no lo hizo así mientras anudaba los hilos para las entrevistas de su jefe en Pekín y en Moscú.

En el trasfondo de todo hay, en cambio, otra realidad mucho más fuerte. Los Estados Unidos no tienen en su mano la ventaja política que les pudiera haber dado una victoria militar para imponer a los revolucionarios vietnamitas una solución política que les fuera ventajosa. Las "concesiones", prueba de buena voluntad, no han mermado en absoluto la intransigencia revolucionaria de Vietnam. Y esta firmeza ideológica, esta tendencia a mantener en alto los principios de la revolución es la que constituye la fuerza que más teme el imperialismo norteamericano.

(4) Editorial del "Nhan Dan": "La victoria de la tendencia revolucionaria".

(5) Ibid.

(6) Ibid.

Una victoria de la revolución indochina tendría una influencia tremenda en el cuadro de la intensificación de la revolución en el resto de Asia, en América latina y en África. Si ésta, actualmente se encuentra marcando el paso, sólo lo hace en espera de una dirección capaz de hacer frente con eficacia a la intervención imperialista.

A la guerra del Vietnam los norteamericanos la han usado de laboratorio para dotar de medios y experiencias a la contrarrevolución en el Tercer Mundo y si bien en el Vietnam mismo han sido inoperantes contra la revolución vietnamita, en cambio han dado rudos golpes a otros procesos revolucionarios más embrionarios.

El retiro de los Estados Unidos de Indochina le importa un precio bastante alto a la Casa Blanca. La reunificación de Vietnam, la formación de nuevos Estados socialistas en Indochina, el enjuiciamiento de la capacidad del Pentágono para imponer su voluntad y un quiebre de la actual correlación de fuerzas en Asia, son consecuencias bastante difíciles para los norteamericanos. Esta es la crisis que vive el imperialismo, acentuada cada día por el avance de las fuerzas revolucionarias. Y a este avance es al que hay que oponerse de acuerdo con la estrategia actual, aun cuando en la aplicación de ella se arriesgue a poner en el tapete toda su política internacional de conjunto.

La escalada de estos últimos quince días, que ni siquiera respetó la tregua de navidad, muestra que en ningún caso el gobierno de Washington está resignado a la derrota; que si Johnson y Nixon se decidieron a "conversar" lo hicieron contra su voluntad, obligados

por las ofensivas victoriosas del Tet en el 68 y las que han seguido después, y que ahora, por sobre todas las cosas, la Casa Blanca persigue el mantenimiento de su titere en Saigón.

Si la dureza imperialista no fue capaz en los comienzos de la agresión de vencer a un pueblo desarmado y poco organizado, menos podrá hacerlo ahora que las desigualdades militares han sido acortadas y prima en los vietnamitas una conciencia revolucionaria ejemplar. Ellos hacen hoy lo que es necesario para lograr una victoria total, que sus militantes han probado que es posible, contra el mayor poder militar conocido en la historia del mundo. Para los que están fuera del conflicto y creen en el internacionalismo proletario, la tarea es ayudar por todos los medios a que esa victoria se concrete y no a que su posibilidad sea negociada en función de otros intereses que no sean la revolución.

**"La revolución de un país no significa el fin, sino el principio en el largo y complejo camino que conduce al comunismo mundial. El socialismo y el comunismo son mil veces mejores que el feudalismo y el capitalismo. El internacionalismo proletario se diferencia del nacionalismo burgués y el egoísmo nacional como el cielo del abismo. La revolución es un camino lleno de delicias y flores perfumadas. El oportunismo es como un pestilente pantano. Nosotros los comunistas debemos persistir en la revolución y no en la reconciliación" (7).**

MARIO DIAZ BARRIENTOS

(7) *Ibid.*

## ¿Sobre quién recae la responsabilidad?

(Editorial de "Nhan Dan", órgano del Comité Central del Partido de los Trabajadores de Vietnam, publicado el día 3 de diciembre de 1972)

- "Hace cuatro años, cuando el imperialismo norteamericano se vio obligado a poner fin a los bombardeos contra la República Democrática de Vietnam y aceptar la conferencia cuatripartita sobre Vietnam en París, brotó la perspectiva de restauración de la paz en nuestro país. La Administración Nixon era quien tenía que asumir la responsabilidad del apagón de aquella esperanza de toda la humanidad progresista. La Administración Nixon escogió ciegamente el camino de "vietnamización de la guerra", utilizando la violencia para imponer a toda costa el régimen neocolonialista estadounidense en una mitad de nuestro país. La Conferencia de París para ellos se convirtió en una escena para llevar a cabo su ardid de "negociar sobre la posición de fuerza". Por eso las conversaciones permanecieron estancadas a lo largo de los pasados cuatro años.

El pueblo vietnamita ama mucho la paz,

pero no puede aceptar "una paz al modo yanqui" y por eso sigue su gloriosa lucha por sus sagrados derechos nacionales fundamentales. Mientras más combate, más fuerte se hace y logra victorias más grandes cada día, arrojando así la "vietnamización de la guerra" de Estados Unidos al borde del abismo de la completa bancarrota. En la Conferencia de París, la astuta actitud y los maliciosos intentos de Estados Unidos son desenmascarados por nuestro pueblo y condenados enérgicamente por la opinión pública mundial. Está claro como la luz del día el hecho de que la Administración Nixon en los últimos tiempos se ve forzada a volver a "americanizar" la guerra a fin de salvar la "vietnamización", que está en peligro, la cual demuestra que mientras más recurren obstinadamente a la violencia, mientras más pretenden "negociar sobre posiciones de fuerza", los agresores norteamericanos se meten más profundamente en un callejón sin salida y cosechan más rotundos fracasos.

Si la Conferencia de París sobre Vietnam ha podido ultimamente salir del estancamiento se debe a la buena voluntad e iniciativa de nuestro gobierno; ella es dirigida a un nuevo camino. Las condiciones que la

hacen progresar favorablemente y que lleven a la conclusión del texto del acuerdo sobre el término de la guerra y la restauración de la paz en Vietnam (debió ser firmado el 31 de octubre si el gobierno norteamericano respetara sus compromisos) son precisamente el reconocimiento de los sagrados e inviolables derechos nacionales fundamentales del pueblo vietnamita y el derecho a la autodeterminación del pueblo sudvietnamita, que anteriormente, durante cuatro años, la parte norteamericana negaba insistentemente.

La independencia, la libertad y el derecho a ser dueño de su propio destino son los objetivos de la lucha que impulsan sin cesar a las generaciones del pueblo vietnamita a superar todas las dificultades y penalidades para seguir avanzando una tras otra. Hasta tanto no logre estos derechos, el pueblo vietnamita no cesará su combate.

El acuerdo sobre la terminación de la guerra y el restablecimiento de la paz en Vietnam tiene mucha importancia, porque su contenido comprende los principios fundamentales sobre los derechos nacionales del pueblo vietnamita que son premisas imprescindibles para terminar de hecho la guerra y traer una paz auténtica y eterna a nuestro país. Ante todo, está la condición de que "Estados Unidos respete la independencia, soberanía, unidad e integridad territorial de Vietnam, tal como las reconocieron los acuerdos de Ginebra de 1954".

En otras palabras, después de librar durante tantos años su guerra agresiva contra nuestro país, por fin Estados Unidos se vio obligado a contraer el compromiso de respetar la integridad territorial y la reunificación de Vietnam. Estados Unidos ha agredido a Vietnam, es decir, ha violado los derechos fundamentales nacionales de nuestro pueblo, y por ello, es quien tiene que terminar esa agresión. Estados Unidos tiene que poner fin a su participación militar e intervención en los asuntos internos de Vietnam del Sur.

Al introducir más de medio millón de soldados de infantería en Vietnam del Sur para hollar nuestro suelo e instalar un aparato de administración y ejército títere, compuestos por millones de hombres, los agresores norteamericanos intentan imponer al pueblo sudvietnamita un régimen neocolonialista. Esto significa una violación abierta de los derechos nacionales fundamentales del pueblo vietnamita. Hay que cumplir con verdadero respeto esos sagrados derechos de nuestro pueblo: el pueblo sudvietnamita decide por sí mismo su futuro político a través de elecciones generales verdaderamente libres y democráticas; Estados Unidos no puede comprometerse con tendencia política o individuo alguno en el Sur de nuestro país o buscar la manera de imponer un gobierno pronorteamericano en Saigón; Estados Unidos debe respetar invariablemente los derechos a la libertad y democracia; debe ser constituida una estructura de administración que se denomine el "Consejo Nacional de Reconciliación y Concordia Nacionales" de tres componentes iguales; y la reunificación de Vietnam se realizará paso a paso de

modo pacífico. El acuerdo, tal como se lo inserta sintéticamente en la Declaración del 26 de octubre de nuestro Gobierno, señaló: "El problema de las Fuerzas Armadas vietnamitas en Vietnam del Sur será resuelto por ambas partes de Vietnam del Sur sobre el espíritu de reconciliación y concordia nacionales, igualdad y respeto mutuo, sin ingerencia extranjera, conforme a la situación de la post-guerra. Entre las cuestiones que discutirán ambas partes de Vietnam del Sur se encuentran la cuestión de las medidas de rebajar la cantidad de las tropas de las Fuerzas Armadas de ambas partes y desmovilizar esa cantidad...".

Los derechos nacionales fundamentales del pueblo vietnamita y el derecho a la autodeterminación del pueblo sudvietnamita reconocidos y registrados en el acuerdo son principios básicos y tienen relación muy estrecha entre sí. Estos principios son como pilares que sostienen la armazón de una casa, que es el acuerdo: si se saca uno de ellos, esa casa se derrumbará. A partir de esos principios y su aplicación en la realidad de la situación actual en el sur de nuestro país, en que hay dos administraciones, dos ejércitos y tres fuerzas políticas, se ve lo lógico y lo razonable. Si la parte norteamericana respeta los principios acordados con nuestra parte, firma puntualmente y cumple en forma estricta el acuerdo, eso llevará la situación en Vietnam a seguir por un camino despejado, camino de paz y no de guerra, camino de concordia nacional que elimine el rencor en el seno del pueblo de Vietnam, que favorezca al pueblo vietnamita, al pueblo norteamericano, a todas las partes y a la paz en el sudeste asiático y en el mundo.

La doblez de la parte norteamericana provocó indignación generalizada en la opinión pública internacional. Después del 26 de octubre, los corifeos de la pandilla de Thieu en Saigón, uno tras otro, han alzado la voz para "protestar" y "exigir" con bombos y platillos, alegando que "las tropas norvietnamitas tienen que retirarse al norte de Vietnam"; pidiendo la "retirada de las tropas norvietnamitas al norte", la restauración de la zona desmilitarizada y una definición clara del "Consejo Nacional de Reconciliación", que el canciller de la administración saigonesa, Tran Van Lam, calificó maliciosamente una vez como un "supergobierno" de coalición que favorece la intención de los comunistas de eliminar gradualmente a Vietnam del Sur". Todas estas son exigencias insolentes, que no toman en cuenta la realidad de la coyuntura en Vietnam del Sur, y contrarias a los principios básicos reconocidos en el acuerdo. Actuar según esas "exigencias" es abolir el acuerdo, prolongar la guerra con el intento de convertir al sur de nuestro país en una neocolonia de Estados Unidos y perpetuar la división de Vietnam. ¿Quién le permite a la pandilla de Nguyen Van Thieu realizarlo? El mito sobre la actitud recalcitrante de Thieu hacia Estados Unidos no puede engañar a nadie. En el coro yanqui-Thieu en torno al acuerdo, cualquiera se percató de que la parte secundaria en Washington au-



**CIUDADES Y ALDEAS destruidas por la aviación norteamericana se ven en todo el territorio de Vietnam.**

menta paulatinamente el tono para conformarlo a los gritos ruidosos de los títeres. Desde que expresó su satisfacción por nuestras interpretaciones del acuerdo, aplaudió la buena voluntad del Gobierno de la RDV, reconoció solemnemente el texto del acuerdo como completo y propuso fijar el 31 de octubre como día de la firma, Estados Unidos dio un giro de 180 grados y declara arrogantemente que sólo firmará un "acuerdo correcto" a fin de poner en práctica una "paz con honor" y no "paz con capitulación". Pero, ¿acaso el 22 de octubre Estados Unidos expresó su satisfacción por un acuerdo "incorrecto" y aplaudió una paz con "capitulación"?

Los argumentos son completamente contradictorios, una parte corresponde a la verdad y la otra a la mentira. A la par con esa mentira marchan parejos los actos para reforzar a la administración títere de Saigón e intensificar la guerra en Vietnam. Estados Unidos acelera el envío masivo de armas a las tropas títeres, las impulsa a realizar miles de operaciones policíacas, invadir las zonas liberadas, asesinar al pueblo, reprimir a las fuerzas políticas oponentes que exigen la paz, la concordia nacional, la libertad y la democracia. Al mismo tiempo, Estados Unidos intensifica sus salvajes bombardeos contra el Norte de Vietnam, recrudescen la guerra en Laos y Camboya. Esto demuestra que EE.UU. no se resigna a abandonar su intento de seguir la política de "vietnamización

de la guerra" para convertir a Vietnam del Sur en un "Estado separado", convertido en neocolonia suya y perpetuar la división de Vietnam.

Sin lugar a dudas, el acuerdo que debió ser firmado el 31 de octubre por EE.UU. como estaba acordado, es precisamente un "acuerdo correcto" que traería una "paz con honor" para EE.UU. Pero los agresivos círculos belicistas de EE.UU. no quieren escoger ese camino, y todavía tratan de valerse de la violencia bélica y maniobras maquiavélicas para invertir la situación en Vietnam. Mas, sus esfuerzos resultarán vanos. Ellos quieren volver a empezar, pero en los últimos 4 años, a pesar de que han utilizado todos sus trucos, mostrando todos sus ardides brutales de guerra, sus derrotas no han variado. Y todavía muestran su ignorancia de la decisión de lucha y de la poderosa fuerza del pueblo de Vietnam. En el acuerdo para terminar la guerra y restaurar la paz en Vietnam, queda de manifiesto la buena voluntad y el ansia de paz de nuestro pueblo. Pero también los principios fundamentales contenidos en el acuerdo son la cristalización de la férrea voluntad inquebrantable del pueblo vietnamita de seguir combatiendo hasta el fin por su independencia y su libertad. El tiempo y toda la humanidad nos apoyan y no a los agresores. Tenemos buena voluntad, pero ni por un minuto dejamos de mantener en alto la vigilancia. Con la fulgurante verdad graba-

da en nuestros corazones: "Nada es más precioso que la independencia y la libertad", nuestro pueblo y ejército están siempre listos a combatir. Si EE.UU. exige la revisión de los principios fundamentales contenidos en el acuerdo, ello significa que su real intención no será otra cosa que abolir todo lo contraído para seguir prolongando la guerra en Vietnam y toda Indochina. Ellos deben asumir la responsabilidad ante el pueblo norteamericano y todos los pueblos del mundo por haber saboteado la posibilidad de restablecer la paz en Vietnam. Ellos también deben asumir la responsabilidad por las dos derrotas que han sufrido en Vietnam: la derrota de la "vietnamización de la guerra" y la de "reamericanización de la guerra".

Ante la historia, ellos cargarán sobre sus hombros la responsabilidad por sus críme-

nes inauditos, que provocan indignación y condena mundiales.

El pueblo de Vietnam no tiene el menor miedo a cualquier amenaza. Si los agresores norteamericanos aún se mantienen obstinados en seguir su brutal guerra de agresión, el pueblo de Vietnam tendrá sólo un camino: el de seguir combatiendo hasta consagrar todos sus derechos nacionales fundamentales.

El pueblo de Vietnam, el de Estados Unidos y toda la humanidad amante de la paz y la justicia, exigen de la Administración Nixon respetar exactamente el contenido del acuerdo para terminar la guerra, restaurar la paz en Vietnam y firmar de una vez, sin demora alguna, ese acuerdo. Sobre la parte norteamericana, y exclusivamente sobre ésta, recae una responsabilidad sumamente grave".

## LLAMADO DE VIETNAM

★ "El pueblo vietnamita y el gobierno de la RDV llaman vehementemente a los pueblos y gobiernos de la Unión Soviética, China y otros países socialistas hermanos, a los pueblos y gobiernos amantes de la paz y la justicia, y al pueblo norteamericano, a detener a tiempo las garras criminales de la Administración Nixon y exigirle poner fin a la guerra de agresión en Vietnam y firmar de inmediato el acuerdo convenido con la RDV el 20 de octubre de 1972. El gobierno de la RDV llama a todos los hermanos y amigos de los cinco continentes a prestar aun más poderoso apoyo y ayuda a la justa causa del pueblo vietnamita, hasta la victoria total.

¡El pueblo vietnamita vencerá!

¡Los imperialistas yanquis agresores serán derrotados!

(Declaración del gobierno de la República Democrática de Vietnam. Hanoi, 21 de diciembre de 1972).

